


LUX
LIBERTAS

CUPERTINO DEL CAMPO

EL DILEMA

COMEDIA · DRAMATICA
· EN TRES ACTOS ·



BUENOS AIRES · 1923

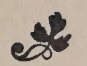
AGENCIA · GENERAL · DE
LIBRERIA Y PUBLICACIONES

A la Sra. Julia Villegas de Shaw
Muy atentamente
C. del Campo.

CUPERTINO DEL CAMPO

EL DILEMA

COMEDIA DRAMATICA
EN TRES ACTOS



AGENCIA GENERAL DE
LIBRERIA Y PUBLICACIONES
BUENOS AIRES
1 9 2 3

A mi madre, Ana Gutiérrez de del Campo, cariñosamente.

PERSONAJES:

DR. HERRERA, Ministro de Obras Públicas, 60 años.
HORACIO, Redactor en jefe de "La Polémica" 27 años.
BENITEZ, Subsecretario de Obras Públicas, 35 años.
DALMIRO, sobrino y secretario privado del ministro, 25 años.
VERGARA, Jefe de división del ministerio, 40 años.
LASTRA, viejo amigo y correligionario político del Dr. Herrrea, 60 años.
DR. SOLER, médico de la familia Herrera, 50 años.
DOMINGO RISSO, constructor, 50 años.
Sra. de HERRERA, 50 años.
ISABEL, hija del Dr. Herrera, 22 años.
CLOTA, hija del Dr. Herrera, 20 años.
SARA, hija de Lastra, 20 años.
PAULA, enfermera joven.
Dactilógrafa — Adulón 1º — Adulón 2º — Ordenanza
Jardinero — Peón — Mucamo

La acción se desarrolla en Buenos Aires y sus alrededores, à fines del siglo XIX.

Derecha e izquierda del espectador.

ACTO I

SUBSECRETARIA DEL MINISTERIO DE OBRAS PÚBLICAS

Tarde de verano de fuerte calor.

A la izquierda: puerta 1 que comunica con galería de acceso; una percha y puerta 2 que comunica con oficinas interiores.

En el fondo; a la izquierda: algunos planos colgados de la pared, mesita de dactilógrafa y una silla; en el medio: gran portada 3 que comunica con el despacho del Ministro; a la derecha: primera parte de una biblioteca seccional, escritorio del subsecretario y dos sillones.

A la derecha: segunda parte de la biblioteca, formando ángulo con la primera, puerta 4 que comunica con el despacho del secretario privado.

Adelante, a la derecha: sofá; a la izquierda: una mesita redonda y dos sillones.

A traves de la portada 3 se percibe parte del despacho del Ministro: un busto de mármol sobre un pedestal y la pared del fondo totalmente cubierta por estantes con libros. A ratos se ve cru-

zar al Ministro por su despacho con un rollo de papeles en la mano; parece muy preocupado.

Al levantarse el telón aparece Benítez revisando papeles en su escritorio y la dactilógrafa haciendo una copia.

BENITEZ

(*Después de apurar el contenido de un vaso de refresco, se dirige hacia la mesa de la dactilógrafa*). ¿Terminó Vd. de copiar las anotaciones del Sr. Ministro?

DACTILOGRAFA

No señor, pero sólo me falta este último párrafo que no entiendo bien porque tiene muchas correcciones.

BENITEZ

A ver. (*Toma el borrador y lo recorre con la vista*). Escriba. (*Dicta*) "Se ve, pues, por tales datos, que ha habido evidente exageración en las apreciaciones que, con respecto al costo de los nuevos

edificios, fueron hechas por algunos señores diputados''.

ORDENANZA

(*Entra por puerta* 1). Señor Benítez (*Le entrega una tarjeta*).

BENITEZ

(*Toma la tarjeta y la arroja sobre la mesa*). ¡Pero no te he dicho que no estoy para nadie!

ORDENANZA

Es que...

BENITEZ

¡Ni una palabra más!
(*Vase ordenanza*).

DALMIRO

(*Entra por puerta* 4 *con un expediente que deja sobre la mesa de Benítez*) Conste que devuelvo el expediente del ferrocarril. ¿Cómo se podría hacer para activar su trámite?

BENITEZ

Parece que todos se han propuesto no dejarme trabajar en paz. ¿Ignora Vd. que es hoy el día de la interpelación?

DALMIRO

No; pero tampoco ignoro que no ha habido interpelación durante los largos meses que ha estado durmiendo este desgraciado asunto.

BENITEZ

¡Vaya un modo de insistir! No sé, a la verdad, *qué interés* puede tener Vd. en todo esto.

DALMIRO

Me imagino Benítez que Vd. no pretende...

Suena la campanilla del ministro que llama.

BENITEZ

Lo único que pretendo es que me dejen cumplir con mi deber. (*Hace una seña a*

la dactilógrafa y pasa, seguido de ésta, al despacho del ministro).

DALMIRO

Muy bien; pierde cuidado; algún día hemos de hablar de "intereses".

VERGARA

(*Asoma por puerta* 2). ¡Psh! ¿Firmó el nombramiento de Grigera?

DALMIRO

¡Dale con tu Grigera! ¡Cómo para firmar nombramientos está la cosa!

VERGARA

¡No me lo explico! ¡¡No me lo explico!! (*Vase*).

DALMIRO

En cambio a mí me parece que empiezo a explicármelo todo.

HORACIO

(*Entra por puerta* 4). ¡Hola, Dalmiro! Milagro hubiera sido el haber en-

contrado en su despacho al Sr. secretario privado.

DALMIRO

¡Cómo! ¿Tú por aquí, Horacio?

HORACIO

Ya sabes que me agrada ver con frecuencia a los buenos amigos. Pero si molesto, es otra cosa. (*Hace ademán de retirarse*).

DALMIRO

Déjate de pavadas. Ven. (*Ambos se sientan en el sofá.*) Yo decía, porque me parece que después de tu artículo de ayer...

HORACIO

¿Qué tiene mi artículo de ayer?

DALMIRO

Tiene que has estado injusto con él. (*Señala al despacho del ministro*).

HORACIO

¿Con quién? ¿Con el Dr. Herrera? De-

cididamente has leído mal y has entendido peor.

DALMIRO

Ya sé que tu ataque no es directo; pero tus fogosas arremetidas contra el gobierno, en estos momentos en que, con motivo de los nuevos edificios, se ha desencadenado una implacable campaña de difamación contra mi tío, se prestan a torcidas interpretaciones que aprovechan muy bien los gacetilleros anónimos que no tienen, a buen seguro, ni tu honestidad ni tu talento.

HORACIO

¿Y qué quieres que haga? Yo cumplo con un deber ineludible y no tengo nada que ver con la baja política del interés y del odio. Tampoco es mía la culpa de que el Presidente y los ministros sean solidarios en el gobierno del país.

DALMIRO

¿No ves? Tú dudas del ministro. Fué esa la impresión que me dejó tu artículo

que no he leído tan mal ni he entendido tan peor, como decías.

HORACIO

No es precisamente del ministro del que dudo; pero sé — y no lo negarás — que aquí mismo, en este ministerio de obras públicas, suceden cosas que no son muy claras y que no parecen muy limpias.

DALMIRO

Es cierto; el mismo Herrera ya lo sospecha, y porque no puede aclarar bien todo esto, vive desconfiando hasta de su propia sombra. ¡Tú no sabes todo lo que sufre!

BENITEZ

(Entra seguido por la dactilógrafa. Cada uno se dirige a su mesa). ¿Se conspira?

HORACIO

No, señor; se conversa.

DALMIRO

Pero no se alarme; esta vez no intentaremos robarle su precioso tiempo. (*Invita a Horacio con el ademán y ambos vanse por puerta* 4).

Se oye una acalorada dísputa en la galería. Benítez incomodado toca el timbre. Entra Ordenanza.

BENITEZ

¿Qué significa ese alboroto?

ORDENANZA

Es Don Domingo Risso, el constructor, que quiere entrar a todo trance.

BENITEZ

¿Y por qué no entra?

ORDENANZA

Como el señor me ordenó cuando le entregué la tarjeta...

BENITEZ

¡Cómo! ¿Era de él la tarjeta? ¡Y no me lo advertiste!

ORDENANZA

Yo se lo iba decir, señor, pero Vd...

BENITEZ

¡Hazlo pasar inmediatamente!

ORDENANZA

Está bien, señor. (*Vase*).

D. RISSO

(*Desde la puerta, con acento italiano*). Con permiso, señor subsegretario.

BENITEZ

(*Avanza afectuoso*). Adelante, Don Domingo. (*Lo palmea y lo invita a sentarse*). En este momento me estaba ocupando de su asunto.

D. RISSO

(*Echando miradas significativas a la*

dactilógrafa). Propiamente de eso quería hablarle, Sr. subsegretario.

BENITEZ

(*A la dactilógrafa*). Vea, señorita; dígale a Vergara que pida el expediente del Sr. Risso.

(*Vase dactilógrafa*).

D. RISSO

Para qué voy a decirle una cosa por otra: estoy muy afliquido con el nombramiento de la comisión investigadora, de la Cámara, Sr. subsegretario.

BENITEZ

¡Pero hombre! Vd. se aflige por muy poca cosa. Los miembros de la Comisión sólo se ocuparán de su propio veraneo en Mar del Plata.

D. RISSO

Lo temo de no, Sr. subsegretario. ¿No ha visto que el presidente de la comisión es el inqueniero Conzález? Y cuando a ese

hombre se le mete una cosa en la cabeza más dura que tiene ¿quién se la saca?

BENITEZ

Ya se la sacaremos; pierda cuidado. Yo puedo asegurarle que nada ni nadie ha de impedir que las obras sigan adelante y se terminen pronto. (*Da un golpe de puño sobre la mesa*). Se trata de una urgente cuestión de interés público. (*Se pone de pie*). Vaya tranquilo.

D. RISSO

(*Estrecha la mano que le extiende Benítez, y, acompañado por éste, se dirige hacia la puerta*). Si Vd. lo piensa así Sr. subsegretario... Pero — qué quiere que le diga — lo tengo aquí al inqueniero González, en la punta de la nariz ¿sabe?

BENITEZ

¡Qué Don Domingo, éste!

Desaparecen ambos por la puerta 1. Queda un momento sola la escena, durante el cual se

oye un campanilleo insistente del Ministro.

El Dr. Herrera entra por puerta 3 con un rollo de papeles en la mano y visiblemente nervioso. En el mismo momento y alarmados por el campanilleo, entran: Benítez por puerta 1; Horacio y Dalmiro por puerta 4. La dactilógrafo vuelve con el expendiente por puerta 2.

DR. HERRERA

¡Señor Benítez! No estoy nada satisfecho con lo que ocurre! Esta casa está desierta. Me dejan solo tan luego en estos momentos en que los minutos valen oro!

BENITEZ

¡Pero, doctor! Casualmente acabo de dejar en la galería a una persona que vino a traerme datos importantísimos, relativos al asunto mismo de la interpelación.

DR. HERRERA

Si los datos son como éstos, (*agita el rollo de papeles*) deben de ser, a la verdad, *importantísimos* y sobre todo *exactísimos*.

BENITEZ

¿Ha habido algún error?

DR. HERRERA

Ha habido varios errores. Sírvase rectificar las cifras marcadas con lápiz azul y ¡por favor! ponga más atención en el trabajo. (*Arroja los papeles sobre el escritorio*).

BENITEZ

Piense, doctor, que cualquiera puede equivocarse.

DR. HERRERA

¡No, señor! Hay momentos en los que un hombre no tiene el derecho de equivocarse! ¿No sabe Vd. que dentro de breve plazo voy a comparecer, casi como un reo, ante los jueces, y que el más ligero error de mi parte — en las cifras especialmente — puede arrojar una mancha sobre un nombre que jamás la tuvo ni la tendrá? Hazme el servicio, Dalmiro, ayúdalo.

(*Dalmiro se dirige al escritorio de Be-*

nítez y deja en descubierto a Horacio que trataba de ocultarse detrás de su amigo). ¡Horacio! Por fin te veo después de tanto tiempo. Me encuentras en un mal cuarto de hora, muchacho. Todas son complicaciones y disgustos. ¡Esto acabará por matarme! *(Se deja caer sobre un sillón; queda un instante como anonadado, pero reacciona y recupera pronto su serenidad).* Tú te ocultabas, Horacio. Y yo sé por qué te ocultabas. Te prevengo que he leído tu artículo.

HORACIO

Doctor...

DR. HERRERA

No te disculpes. Está muy bien. Es de la vieja escuela: de la nuestra... pero ahora ustedes lo hacen mejor.

HORACIO

¡Cómo! Es el Dr. Herrera el que dice eso; el fundador de un gran diario y el primero entre los polemistas argentinos.

DR. HERRERA

Muchas gracias, hijo; exageras generosamente, pero te confieso que me halaga el oirte hablar así, porque los jóvenes olvidan siempre lo que hicieron los viejos. No protesto: es una ley natural de desplazamiento que se cumple. Y además, no hay que hacerse ilusiones: la obra del periodista muere con el día.

HORACIO

La obra del Dr. Herrera no morirá.

DR. HERRERA

Gracias, otra vez, pero *ya ha muerto.* Más vale así porque —te lo repito— ahora ustedes lo hacen mejor.

¡Eran otros tiempos aquellos tiempos rudos de reconstrucción nacional y de combate! La pluma en nuestras manos parecía más bien una espada con la que parábamos y devolvíamos recios mandobles, jugándonos cada día por la patria, bajo la bandera liberal de Mitre.

Hoy las cosas han cambiado.

BENITEZ

Es indudable. Con el elogio o lo contrario, los periodistas del día se abren camino fácilmente.

HORACIO

¡No le permito, Sr. Benítez!

DR. HERRERA

¡Soy yo el que no permito que se me haga decir lo que no quiero!

BENITEZ

Le aseguro, doctor, que no ha sido mi ánimo el de ofender a nadie; he hablado en general.

DR. HERRERA

Más vale así. (*A Horacio*). Y tú, tranquilízate; te conozco desde niño y conocí antes a tu honrado padre al que tanto te pareces. (*Consulta el reloj*). ¡Cuánto siento no poder prolongar este agradable paréntesis! (*Dándole la mano*). No te pierdas de casa, muchacho.

HORACIO

Muy pronto tendré el placer de visitarlo; se lo prometo, doctor.

DR. HERRERA

¡Bravo! Ya sabes que nada tiene que ver con mi afecto el hecho de que vayamos *momentáneamente* y tal vez sólo *aparentemente* por distintos rumbos políticos. (*Se dirige a su despacho, pero al llegar a la portada se detiene y se da vuelta*). Y ¿quién sabe?... quizá seas tú el que tiene razón. (*Vase*).

Benítez queda un rato perplejo ante esta declaración; recoge sus papeles y pasa al despacho del Ministro.

Suena una campanilla en la calle.

DALMIRO

Otra vez la Asistencia Pública. ¿Será cierto lo de los cien casos de insolación de esta tarde?

HORACIO

Es posible. Constantemente y por toda la ciudad se ven cruzar las ambulancias.

DALMIRO

¡Vaya un día para interpelaciones! Y, a propósito, empiezo a encontrar muy sospechosa esta inclusión del asunto de los nuevos edificios en las sesiones de prórroga. Y me extraña, sobre todo, que los amigos del Presidente hayan votado el nombramiento de la comisión investigadora. ¡Hum! aquí se está jugando sucio.

HORACIO

¿Y eso te extraña? Tratándose de política, habría que sorprenderse si ocurriera lo contrario. Pero el caso es imposible.

El Dr. Herrera, con el sombrero puesto, cruza, de derecha a izquierda, por el fondo de su despacho.

BENITEZ

(*Entra y toma el sombrero de la percha*). Ya nos vamos. (*A Dalmiro*). Haga

el favor de atender la oficina hasta nuestra vuelta del Congreso. (*A la dactilógrafa.*) Puede retirarse, señorita. (*Vase*).

Vase dactilógrafa por puerta 2. Dalmiro y Horacio se sientan alrededor de la mesita y encienden cigarrillos. Este parece muy preocupado.

HORACIO

Hubiera preferido que el Dr. Herrera no me hubiese visto.

DALMIRO

¿Por qué?

HORACIO

Porque esto ha venido a remover un mundo de recuerdos y de afectos.
¡El afecto! —¿ves?— es ese mi más peligroso enemigo.

DALMIRO

¿El afecto?

HORACIO

Sí. Tú sabes que yo no soy un venal ni

un vanidoso; de modo que ni la pitanza ni el halago son mi precio. Pero tengo mi talón de Aquiles: el afecto. Y, aunque estoy suficientemente acorazado, es siempre por ahí por donde sangro.

DALMIRO

Pero vamos a cuentas. ¿Qué piensas en definitiva de Herrera, sobre todo después de haberlo oído?

HORACIO

Que no es el mismo Dr. Herrera de antes. ¡Ah, por qué aceptaría la cartera!

DALMIRO

Tú lo sabes: cediendo a las instancias de sus amigos políticos, Herrera consintió en integrar el gabinete de conciliación, cuando el Presidente parecía dispuesto a reparar sus yerros.

HORACIO

Muy bien; pero una vez que se ha visto claramente que el tal arrepentimiento histórico fué una miserable treta política

para conjurar una situación difícil y hasta peligrosa ¿por qué se queda?

DALMIRO

¡Para salvar al país! Piensa que él es el único freno del Presidente. El día en que se vaya ¡será el desborde!

HORACIO

(*Toma a Dalmiro de un brazo con vehemencia inusitada*). ¡Repítelo por favor! Yo necesito creer esto! ¡Quiero terminar de una vez con esta constante y terrible lucha conmigo mismo! Dios mío, cuánto cuesta ser honesto!

DALMIRO

(*Después de mirar a Horacio con extrañeza, vuelve a su anterior modo entusiasta*). Y porque sacrifica su salud y hasta su reputación, el Herrera de hoy vale más que el de ayer, a quien tú tanto querías y admirabas.

HORACIO

Continúa así, Dalmiro. ¡No me des tre-

gua! Me falta ya muy poco para convencerme.

DALMIRO

¡Y te convenceré!

HORACIO

¡Dios lo quiera!

DALMIRO

(*Observa a Horacio como anteriormente y, de pronto, se da un golpe en la frente*). ¡Al fin caigo! (*Avanza misteriosamente*). La famosa temporada del baile... esa terrible lucha y esa urgente necesidad de ser convencido... ¡Qué tragedia, hermano! Tú, el primer espada de la prensa opositora, estás enamorado de la hija del ministro, de mi prima Isabel! (*Toma a Horacio de la solapa*). Na saldrás de aquí sin confesarlo.

VERGARA

(*Entra por puerta 2 en mangas de camisa y con una lapicera detrás de la oreja. Usa anteojos redondos de carey*).

Apostaría cualquier cosa a que se fué sin firmar el nombramiento de Grigera.

DALMIRO

(*Suelta a Horacio*). Tú siempre oportuno.

VERGARA

¿Incomodo?

DALMIRO

Al contrario. Horacio debe agradecer tu presencia; creo que te necesita.

VERGARA

Ya sabe Horacio que tendría verdadero placer si pudiera serle útil en algo.

HORACIO

No lo dudo amigo Vergara; muchas gracias.

VERGARA

¿En qué puedo servirle?

HORACIO

¿A mí? En nada por ahora.

VERGARA

(*A Dalmiro*). ¿Y entonces?

DALMIRO

Entonces, no sé.

HORACIO

¿Se puede preguntar quién es ese señor Grigera del que oigo hablar desde hace tiempo?

DALMIRO

Es uno de los tantos protegidos de este filántropo incurable.

VERGARA

¿Acaso puedo proceder de otra manera? (*A Horacio*). Imagínese que es un pobre muchacho lleno de buenas condiciones y de necesidades, a quien hay que llevar de la mano como si fuera un niño. En los momentos más difíciles de su vida, en que yo mismo estoy angustiado por él ¿sabe lo que hace?: se pone a escribir sonetos

o amenaza con pegarse un tiro. ¡Y es capaz de hacerlo el muy bárbaro!

HORACIO

Yo admiro y respeto a los hombres buenos como usted, Vergara, que ayudan tan generosamente al prójimo.

VERGARA

¿Pero no le he dicho que no puedo hacer otra cosa?

HORACIO

Precisamente ahí está el mérito.

A su lado yo me siento un gran egoista. A veces me pregunto si no seré uno de esos moralistas fanáticos con alma de inquisidor, que son crueles con los demás y consigo mismos.

DALMIRO

Algo de eso eres, sin duda; pero la verdad es que tú necesitas de todo tu tiempo para ocuparte de las cosas grandes.

HORACIO

¡Las cosas grandes! No sé cuáles lo son en realidad. Y, por otra parte, hay personas que, en medio de graves ocupaciones, encuentran siempre tiempo para pensar en los otros y, sobre todo, que saben ser más tolerantes.

DALMIRO

También eso es cierto. Herrera es así. Pero... en fin... tiene otro temperamento.

HORACIO

Sí, un temperamento mejor.

VERGARA

Pero, entonces ¿por qué no firma el nombramiento de Grigera?

ORDENANZA

(*Entra*). La Sra. de Herrera y la señorita. (*Vase*).

Entran la Sra. de Herrera e Isabel. Vergara, sorprendido en

su toliette, oficinesca, vase, ocultándose detrás de los muebles, por puerta 2.

HORACIO

(*Saludando*). Señora... Isabel.

DALMIRO

¡Qué agradable sorpresa!

ISABEL

Como mamá estaba tan desesperada con el asunto de la interpelación, la animé a que viniéramos a pedirte noticias.

SRA. DE HERRERA

Así es. En estos últimos días lo he notado a Herrera tan nervioso que la verdad es que no estoy nada tranquila. Anoche tuvo una terrible pesadilla, y se despertó dando gritos. ¿Tardará mucho en volver?

DALMIRO

(*Consultando su reloj*). Todavía hay para rato. Tomen asiento.

ISABEL

Al cruzar la plaza de Mayo, hemos visto una gran muchedumbre parada frente al Congreso en actitud amenazante. ¿Pero qué es lo que hay en esto de las nuevas construcciones que parece interesar a tanta gente?

DALMIRO

Lo que hay es que se habla de grandes derroches y de gastos fantásticos, y que los que repiten el cuento le van agregando cosas nuevas, y que los enemigos de mi tío recogen todos los chismes para atacarlo sin piedad, y que...

HORACIO

En una palabra: que el Dr. Herrera se ha metido en una cueva de lobos.

SRA. DE HERRERA

(*Recalcando*). Pero, según lo que acaba de decir Dalmiro, parece que los lobos de la cueva no son los más peligrosos.

HORACIO

Sino los que aullan afuera ¿no es así?

SRA. DE HERRERA

(*Con sequedad*). Precisamente.

HORACIO

No crea, señora. A estos los denuncia su mismo aullido. Los realmente peligrosos rondan en silencio y más de cerca.

(*Movimiento de sorpresa de la Sra. de Herrera*).

DALMIRO

Y unos y otros han llegado hasta insinuar la infame calumnia de la malversación de fondos.

ISABEL

¡Cómo! ¿Hay alguién capaz de dudar de la rectitud de papá?

DALMIRO

No; pero hay algunos a quienes les conviene hacer creer que dudan.

ISABEL

Pero eso es una maldad muy grande.

HORACIO

A la que se la llama "propaganda política".

SRA. DE HERRERA

¿Y Vd. también la llama así?

HORACIO

Señora...

ISABEL

¡Mamá!

DALMIRO

Les pido como un favor especial que cambien de tema... ¡Estoy harto de política! ¿Quieren conocer mi despacho?

Pasa con la Sra. de Herrera a su despacho. Isabel y Horacio se detienen en la puerta.

HORACIO

¡Cuánto tiempo sin vernos, Isabel!

ISABEL

La culpa la tiene Vd., pues parece que nos anduviera huyendo. ¿Le hemos hecho algo?

HORACIO

Créame que me es muy penoso el no poder ir a su casa con frecuencia. Pero soy esclavo del diario.

ISABEL

Sí; siempre he pensado que su alejamiento tenía mucho que ver con sus tareas de periodista.

HORACIO

Sospecho, Isabel, que sus palabras tienen un doble sentido.

ISABEL

¿Por qué sospecha Vd. que lo tengan?

HORACIO

Porque siempre temo que haya un malentendido entre nosotros. ¡Es tan fácil

equivocarse cuando se juzgan intenciones!

ISABEL

No trate de juzgarlas, entonces. (*Pasa, seguida de Horacio, al despacho de Dalmiro*).

Entra Vergara ventajosamente transformado por la toilette; se dirige al despacho de Dalmiro; pero, a mitad de camino, se detiene porque aparecen en el despacho del ministro: el Dr. Herrera, Benítez, el Dr. Soler, Adulón 1º y Adulón 2º. Benítez pasa a la subsecretaría.

ADULON 1º

¡Notable, señor ministro!

ADULON 2º

¡Estupendo, señor ministro!

ADULON 1º

¡Eso se llama hablar bien, señor ministro!

ADULON 2º

¡Y, sobre todo, hablar claro, señor ministro!

ADULON 1º

Pan al pan...

ADULON 2º

Y vino al vino.

VERGARA

(*Ap. haciendo caricatura*). ¡Señor ministro!

DR. HERRERA

(*Muy excitado con la cara congestionada*). Es inútil. Todo lo que uno pueda decir está completamente de más. Se salen de la cuestión, gritan, y, a falta de argumentos, insultan. ¿Pueden ustedes explicarme qué es lo que han dicho, fuera de las insolencias, esos señores que hablaban todos a un tiempo?

ADULON 1º

Nada, señor ministro.

ADULON 2º

Absolutamente nada, señor ministro.

DR. SOLER

Y si Vd. mismo así lo reconoce ¿qué daño puede hacerle eso, entonces?

DR. HERRERA

(*Se lleva las manos a la cabeza*) ¡Daño aquí, aquí en la cabeza, que la tengo hecha un infierno! (*Sofocado*). ¡Un vaso de agua!

ADULON 1º y ADULON 2º

(*Yendo hacia la puerta* 1 *como si hablaran con el ordenanza*). ¡Un vaso de agua para el señor ministro!

El Dr. Herrera se pasea por el fondo de su despacho, extremadamente nervioso. El Dr. Soler trata de calmarlo. La luz de la tarde empieza a disminuir y continúa disminuyendo hasta el final del acto.

SRA. DE HERRERA

(*Entra con Isabel, Horacio y Dalmiro*). ¿Cómo está Vd., Benítez? ¡Por fin llegaron! ¿Y Herrera?

BENITEZ

Está en su despacho.

SRA. DE HERRERA

¿Y el Dr. Soler que me prometió ir al Congreso y acompañarlo a la vuelta?

BENITEZ

Ha cumplido su palabra.

SRA. DE HERRERA

Ah, sí; ya lo veo; pero qué excitado me parece Herrera.

DALMIRO

(*Inquieto*). ¿Por qué han vuelto tan pronto? ¿Cómo anduvieron las cosas?

BENITEZ

Mal. El discurso del ministro fué bueno,

aunque muy breve. Pero en seguida empezaron a injuriarlo y resolvió retirarse. Debió de haberse quedado. Yo, en su lugar, ¡las cosas que les hubiera dicho!

DR. HERRERA

(*Sigue paseando por el fondo de su despacho cada vez más agitado y toma con avidez el vaso de agua que le lleva el ordenanza*). ¡Esto no puede seguir así! ¡Es una infamia! (*Gritando angustiosamente*) ¡Yo no soy un ladrón! Yo... (*Cae desvanecido; el Dr. Soler lo sostiene*).

SRA. DE HERRERA

¿Qué, qué pasa? ¡Dios mío!

ISABEL

¡Papá!

Todos corren a ayudar al Dr. Herrera y lo sientan en un sillón de la subsecretaría.

DR. SOLER

(*Ausculta al Dr. Herrera*). Tranquilícese, señora. (*Le toma el pulso*). Esto ya

pasa; el pulso se normaliza. ¿Qué tal amigo?

DR. HERRERA

(*Débilmente*). Bien; muy bien (*Queda adormecido*).

DR. SOLER

(*A la Sra. de Herrera*). Se trata de un ligero ataque congestivo, debido, no sólo a la agitación del debate parlamentario, sino también a las excepcionales condiciones atmosféricas.

Convendría, sin embargo, que el Dr. Herrera tomara un buen descanso en su quinta de San Isidro, por ejemplo. Ha trabajado mucho.

SRA. DE HERRERA

No crea, doctor, que es el trabajo lo que lo enferma son los ataques de los diarios. ¿Por qué son tan malos? ¿Por qué le dicen a él — a él tan luego — esas cosas? ¡Y todos, todos!

BENITEZ

(*Mirando a Horacio*). Todos, hasta los que fingen ser sus mejores amigos.

Horacio hace un movimiento como para hablar.

ISABEL

¡Y usted también, Horacio!

Horacio mira a Dalmiro y hace un gesto desolado. Benítez sonríe en la sombra.

TELÓN

ACTO II

QUINTA DEL Dr. HERRERA EN SAN ISIDRO

A la izquierda: un frondoso timbó cuya gran sombra debe verse proyectada en el suelo, y camino que conduce a la entrada de la quinta.

En el fondo: gran terraza con columnas y escalinata en la que se verá una mesa que el mucamo irá tendiendo, a medida que se desarrolle el acto; grupo de rosales; camino que conduce al pie de la barranca y que tuerce por detrás de los rosales; bosque de euecaliptus, a través del cual se percibe el río de la Plata con algunos veleros; delante del bosque, un banco rústico.

A la derecha: Camino que conduce al fondo de la quinta y laurel rosa.

En el medio del escenario: Un gran prado redondo con hortensias y una fuente en el centro.

Adelante y a la izquierda y bajo la sombra del timbó, un juego de bancos.

Al levantarse el telón aparece el jardinero recogiendo las hojas secas del suelo, en una carretilla. Contestará al peón sin mirarlo, sin dejar de trabajar y sin sacarse la pipa de la boca.

PEON

(*Entra por la derecha con un cordero ensartado en un asador. Clava el asador en el suelo y se pone a armar un cigarrillo, que luego enciende*). Se ve que el otoño se nos viene encima por la gran cantidá de hojas secas que hay en los caminos y en los árboles.

JARDINERO

Eh, sicuro.

PEON

Pero con otoño y todo tuavía quema el sol que da miedo. Yo ando en busca de un poco de sombra pa recostarme. Voy a ver si ayí abajo, cerca del río, corre más aire.

JARDINERO

Eh, sicuro.

PEON

Quiero que el corderito salga de mi flor pa que el patrón quede bien con los convidaos. Es un güen crioyo el patrón.

JARDINERO

Eh, sicuro.

PEON

Lo digo yo, Cirilo Fuentes, de San Isidro Labrador, pa servirlo. (*Mira un rato con sorna al jardinero; carga con el asador, y se pone en marcha*). ¡Cha digo con el mozo éste que había sido conversador!... (*Escupe por el colmillo*). Eh, sicuro. (*Vase por el fondo. El jardinero concluye de cargar las hojas y sale por la derecha*).

LASTRA

(*Entra con el Dr. Herrera por la derecha*).

Si no me equivoco es un timbó aquel árbol tan frondoso que parece un inmenso paraguas.

DR. HERRERA

Sí; es un timbó que tiene axactamente la edad de mi hija Isabel.

LASTRA

Cada uno de estos árboles debe de tener su historia y, para Vd., un interés muy grande ¿no es cierto?

DR. HERRERA

La verdad es que uno acaba por quererlos casi como a hijos, hasta por el trabajo que le dan.

Yo pensaba hacer de esta quinta el descanso de mi vejez; pero ahora estoy convencido de que tendré que ir a descansar a otra parte... y muy pronto.

LASTRA

Vuelve Vd. a sus ideas pesimistas, Piense, amigo, que las complicaciones políticas del momento son una tormenta en un vaso de agua; ya pasará.

DR. HERRERA

Tiene razón, todo pasa... y uno también.

¡Viera Vd. qué bien me he sentido aquí, lejos, muy lejos de las agitaciones de la vida pública! No me perdonaré nunca el haber aceptado el ministerio.

LASTRA

Si hubo algún delito en esto, me reconozco como uno de los principales cómplices. Pero la verdad es que creí, como todos sus amigos, que era Vd. el hombre irreemplazable, destinado a ejercer una influencia decisiva en el ánimo del Presidente.

DR. HERRERA

Y se equivocaron como yo. Es una gran ilusión, amigo Lastra, el pretender con un poco de buena voluntad, cambiar en un día a los hombres de un país, y desviar la corriente avasalladora de sus malos hábitos y de sus vicios.

LASTRA

Bueno y si es así, quédese en su quinta ¡y déjelos que se los lleve el diablo!

DR. HERRERA

No puedo, desgraciadamente, desertar, por ahora, de la lucha. Sería dar la razón a mis acusadores.

LASTRA

A propósito: he visto en los diarios que la comisión nombrada por la cámara ha iniciado sus tareas. Es realmente irritante...

DR. HERRERA

No, amigo; deje que se investigue. Nadie más interesado que yo en que se haga plena luz en este embrollado asunto; no sólo por mí, sino también por el país. Es necesario que caiga sobre los culpables — si los hay — todo el peso de la justicia, inexorablemente. La sanción es el freno del delito; sin ella no puede existir la moral pública.

LASTRA

Pero no olvide Vd. que se trata de una comisión en la que figuran sus peores enemigos.

DR. HERRERA

Mejor; así sabré la verdad; la verdad que hasta ahora no han podido o *no han querido* encontrar los *amigos* a quienes he confiado la investigación.

LASTRA

No niego que la amistad puede ser defraudada...

DR. HERRERA

¡Traicionada!

LASTRA

Muy bien; pero el odio...

DR. HERRERA

¡El odio es incorruptible!

LASTRA

¡Pero es odio!

Entran descendiendo por la terraza y atajándose el sol con sombrillas la Sra. de Herrera, Isabel, Clota y Sara.

SRA. DE HERRERA

Como ustedes son tan poco galantes que nos dejan solas, tenemos nosotras que venir a buscarlos.

DR. HERRERA

Son ustedes las culpables ¿para que se encierran? Al campo se viene a tomar aire.

SRA. DE HERRERA

Sí, pero no a tomar una insolación.

LASTRA

Por mi parte, señora, le aseguro que no es sombra lo que nos ha faltado en las tupidas alamedas. Y además esto es tan hermoso.

SRA. DE HERRERA

Ya le dió en el gusto a Herrera; ponderándole el jardín se le conquista en seguida.

DR. HERRERA

Es muy posible. Cuando uno recibe diariamente ataques a fondo, se halla propenso a aceptar con agrado cualquier elogio, por inmerecido que sea.

SRA. DE HERRERA

No quise decir eso; ya sabes que no dejo de reconocer tus méritos de jardinero paisajista.

CLOTA

Y yo hago constar mi colaboración, al menos en lo que se refiere a las flores.

LASTRA

Colaboración muy importante señorita Clota, a juzgar por esas admirables hortensias que está Vd. cortando.

CLOTA

Muchas gracias, señor Lastra; voy a premiar su amabilidad enviándole un ramo.

Pero éste no ¿eh? porque es para adornar la mesa, en honor de los invitados de papá.

ISABEL

Que no lo merecen por lo que se tardan. Hace más de hora y media que el coche los está esperando en la estación.

SARA

(*A Isabel*). Te noto muy nerviosa. ¿Tendrán razón los que dicen que uno de los invitados no te es del todo indiferente?

ISABEL

¿Se trata de una bromita?

SARA

No; se trata de un periodista.

CLOTA

¿De Horacio?

SRA. DE HERRERA

¡Qué disparate!

SARA

Señora, yo no he hecho más que repetir lo que he oído.

SRA. DE HERRERA

Pues los que han dicho eso no saben verdaderamente lo que dicen. ¿Qué me cuentas de esta novedad, Herrera?

DR. HERRERA

A mí no me mezcles en estos asuntos. Desgraciadamente tengo otras preocupaciones más graves.

ISABEL

¡Pero mamá; no tomes tan a lo serio una simple broma!

LASTRA

(*A Sara*). Broma que no ha sido muy feliz que digamos, hijita!

SRA. DE HERRERA

No es eso, Lastra. Sara no tiene la culpa, sino los desocupados que se lo pasan metiéndose en lo que no les importa. Es increible que ni en el campo pueda estar una libre de los chismes.

Se oye el ruído de un coche que llega.

CLOTA.

¡Silencio que se acerca el enemigo!

Todos se dirigen hacia la izquierda y al rato entran Horacio, Benítez y Vergara. Saludan.

CLOTA

¡Qué monada, todos juntitos!

DALMIRO

Sí; los que perdimos el tren anterior nos

encontramos con los que casi pierden el tren siguiente.

DR. HERRERA

(*A Horacio a quien palmea, mientras todos se dirigen hacia la terraza*). Has tardado, muchacho, pero al fin has cumplido tu promesa, y te lo agradezco.

HORACIO

Créame doctor que no ha sido por falta de voluntad.

DR. HERRERA

Te creo, hijo; ya sabemos que siempre estás muy ocupado.

Vanse por la izquierda: el Dr. Herrera, Horacio, Sra. de Herrera, Benítez, Lastra e Isabel.

DALMIRO

Un momento; no se muevan. (*Se agacha; recoge un guijarro y lo arroja en dirección al bosque de eucaliptus*).
¡Se me escapó, caramba!

CLOTA

¡Si te viera papá, tirándole a los pajaritos!

SARA

Sobre todo con esa admirable puntería.

DALMIRO

¡Oh, qué embromar! uno no puede acertar siempre.

SARA

¿Y en qué otras cosas acierta; vamos a ver?

DALMIRO

En todas las demás.

SARA

¿Por ejemplo?

DALMIRO

Por ejemplo en ésta: (*bruscamente apuntándole con el dedo*): Vd. fué la autora de la bromita del anónimo!

SARA

¡Yo no!

DALMIRO

Y otra vez desfigure un poquito más la letra.

CLOTA

Con quien te fuiste a meter hijita. ¿No sabes que Dalmiro es calígrafo?

DALMIRO

Diplomado.

SARA

A buena hora me vienen con la noticia. (*Vanse todos por la derecha*).

HORACIO

(*Entra con Isabel por la izquierda*). ¿Quiere usted que nos sentemos aquí, a la sombra?

ISABEL

Bueno.
(*Se sientan*).

HORACIO

Tengo, desde hace tiempo, grandes deseos de hablar con Vd.; pero debo empezar por decirle que si he venido aquí ha sido cediendo a una amable invitación de su padre y a la insistencia cariñosa de Dalmiro.

ISABEL

Si ha necesitado todo eso para venir, no debían de ser tan grandes sus deseos de hablarme.

HORACIO

Después de su reproche, Isabel, yo no podía presentarme espontáneamente.

ISABEL

¿Qué reproche?

HORACIO

Vd. habrá podido olvidarlo; yo no. Fué una tarde en el ministerio. Vd. me acusó de supuestos ataques a su padre, y,

lo que es peor, me puso a igual nivel de los diaristas irresponsables y sin escrúpulos.

ISABEL

Sí; recuerdo que algo parecido le dije; pero nunca pudo ser mi intención el ofenderlo con comparacionse denigrantes. De eso estoy segura.

Lo que sí le confieso es que me extrañaba entonces y me sigue preocupando todavía su inesperada actitud, sobre todo teniendo en cuenta lo que ha sido Vd. para papá y para todos los de casa.

HORACIO

Permítame que rectifique: lejos de ser inesperada, mi actitud ha sido consecuente con mi actuación anterior en el diario. Por lo demás yo no he atacado nunca a su padre, sinó al gobierno.

ISABEL

Sin embargo, usted se ha referido, en sus artículos, al ministerio de obras públicas. Yo lo he leído.

HORACIO

Es cierto.

ISABEL

Bueno, entonces a papá.

HORACIO

No; su padre es el ministro, pero no es el ministerio.

ISABEL

(*Impaciente*). ¡Pero Vd. está haciendo un juego de palabras! (*Con tristeza*). En ese terreno me declaro vencida de antemano. Vd. es demasiado fuerte para mí. Imagínese yo...

HORACIO

No me haga el poco favor, Isabel, de pensar que yo he venido aquí únicamente para tener el gusto de ganarle una discusión.

ISABEL

Entonces seré muy ruda. Le aseguro a Vd. que no comprendo.

HORACIO

No comprende porque no sabe que su padre está rodeado de bribones. El mismo ya no lo duda y así me lo dió a entender, precisamente la tarde aquella en que Vd. me hizo el amargo reproche.

ISABEL

¡Ah, sí!

HORACIO

¿No ha visto Vd. la forma cariñosa en que me ha recibido hoy?

ISABEL

Es cierto; papá siempre lo ha querido mucho.

HORACIO

Es que él me conoce mejor que Vd., Isabel, y sabe que mis artículos en la parte que puedan afectarlo, sólo son toques de alarma para ponerlo sobre aviso.

ISABEL

Bueno, y si es así ¿por qué no lo previe-

ne directamente? Dada la confianza que hay entre los dos ¿qué necesidad tiene Vd. de hacerlo por los diarios?

HORACIO

¡Cómo! ¿Es la hija de un periodista la que me hace esa pregunta?

Tengo la necesidad de cumplir con mi deber. ¡Yo no puedo callar las indiguidades con que se deshonra a mi patria sin hacerme cómplice de ellas!

ISABEL

(*No del todo convencida*). Así será.

HORACIO

(*Afectuoso*). Hace algún tiempo, en el último baile en que nos vimos, me notó Vd. extraordinariamente alegre y me preguntó la causa. ¿Recuerda Vd. mi respuesta?

ISABEL

No; fué alguna galantería, sin duda.

HORACIO

Contesté que eso obedecía, no sólo al placer de hallarme a su lado...

ISABEL

¿No ve?

HORACIO

...sino también a la gran prueba de aprecio que me acababa de dar el director de "La Polémica", al mombrarme redactor en jefe y al confiarme la dirección de la campaña opositora. Respondiendo a mis propias convicciones, acepté con entusiasmo. Esa noche contraía yo un conpromiso de honor y cargaba con una gran responsabilidad: ya no podría echarme atrás. Vd. me felicitó Isabel.

ISABEL

Es cierto.

HORACIO

Pero al final de la noche yo había cambiado completamente: estaba preocupado

y triste. Vd. volvió a interrogarme, pero esta vez no pude satisfacer del todo su explicable curiosidad. Contesté con no recuerdo qué evasiva.

¿Sabe Vd. cuál fué la causa real de mi cambio? Fué aquella noticia, terrible y fatal para mí, que llegó esa misma noche al baile: ¡el Dr. Herrera había aceptado la cartera de obras públicas!

Le aseguro que en ese momento llegué hasta a dudar de mí mismo... pero pasó la ofuscación y pronto volví a encontrar el camino del deber. Por él seguiré hasta el fin: no puedo hacer otra cosa.

ISABEL

(*Con emoción.*) Dígame, Horacio: si Vd. dudara de papá; si Vd. creyera que él...

HORACIO

(*Nervioso, poniéndose de pie.*) Por Dios, Isabel! Hágame el favor de no suponer cosas horribles que no han sucedido ni sucederán nunca!

ISABEL

(*Decidida.*) Permítame que insista. Yo necesito saber esto.

HORACIO

No sé lo que haría... le aseguro a Vd. que no lo sé... tendría que encontrarme en el caso... Lo único que puedo adelantarle es un pedido: el día que Vd. vea que yo ataco a su padre ¡compadézcame con toda su alma!

ISABEL

¿De modo qué Vd. sería capaz?

HORACIO

O incapaz. No le he dicho que no lo sé... ¡El Dr. Herrera! mi maestro, el amigo de mi padre. No lo sé. Quizá me venciera, esa vez, mi enemigo el afecto y fuera cobarde por él y sobre todo... ¡por Vd. Isabel!

ISABEL

¡¿Por mí?!

HORACIO

Sí, ¡por Vd! ¿No lo sabía acaso? ¿No habla siempre el corazón con toda la persona, con la actitud, con la mirada, con el silencio y hasta con la ausencia? ¡La ausencia que es dolor que se acumula!

Yo no sé qué daría por apartar de mi oído su reproche y, de mi vista, su actitud acusadora que me obsesionan y persiguen cada vez que tomo la pluma, la pluma que si no he roto mil veces entre mis manos es porque — ¡gracias a Dios que no ha querido mi deshonra! — yo debo de estar hecho de hierro. (*Se golpea desesperadamente los brazos y el pecho. Ambos permanecerán un rato turbados y cohibidos*).

BENITEZ

(*Entra por la izquierda.*) Isabel necesito hacerle una consulta... Si no le es molesto.

ISABEL

No.

BENITEZ

(*Indeciso.*) Una consulta...

HORACIO

(*A Dalmiro que entra por la derecha con Clota*). Dalmiro, ¿tienes un cigarrillo? (*Vase con la pareja por la izquierda*).

BENITEZ

¿No me da las gracias?

ISABEL

Primero quisiera saber por qué debo dáselas.

BENITEZ

Por haberla librado de ese... sujeto.

ISABEL

¿Ah, era para eso; para hablar mal de Horacio para lo qué Vd. lo ha hecho ir? Me parece muy bien.

BENITEZ

Creo que es un deber de amistad el de

prevenirla y hasta un derecho conquistado por los largos servicios que he prestado a su papá.

ISABEL

Me gusta más así, Benítez. Prefiero oírlo hablar bien de Vd. que mal de los demás.

BENITEZ

Hablemos claro Isabel.

ISABEL

Me parece que más claro...

BENITEZ

No; lo claro es esto: yo me he resignado a sus desaires porque, desgraciadamente, no hay para mí otro camino, pero —téngalo presente — me veré forzado a abandonar esta actitud pasiva y no podré jamás resignarme, si llegara a comprobar, como sospecho, que su hostilidad la debo a ese difamador hipócrita.

ISABEL

(*Poniéndose de pié*). Le prohibo que continúe! ¿Qué derecho tiene Vd. para hablarme de semejante modo?

BENITEZ

(*Turbado.*) Perdóneme Isabel, sólo he querido...

ISABEL

Ha terminado ya la consulta.

BENITEZ

(*Con despecho.*)Muy bien. (*Vase por la izquierda.*)

SARA'

(*Entra por la derecha.*) ¿No sabes donde está Clota?

ISABEL

No... es decir sí... hace un rato la ví pasar... creo que para allá con Dalmiro.

SARA

¿Qué te pasa Isabel? Pareces tan preocupada.

ISABEL

Me pasa que la vida es demasiado complicada.

VERGARA

(*Saliendo detrás del laurel.*) ¿Complicada? De ningún modo: es sencillísima.

SARA

Muy bien ¿con qué estaba Vd. oyendo?

VERGARA

No señorita, no estaba oyendo: *he oído.* (*A Isabel.*) ¿Por qué dice Vd. qué la vida es complicada?

ISABEL

Yo hablaba en general.

VERGARA

Peor entonces. Lo que hay en realidad es que los hombres y las mujeres — per-

dón: las mujeres y los hombres, se complican ellos mismos la existencia ¡y de qué modo!

Ahí está, por ejemplo, el caso de Grigera que me lo están complicando horriblemente y que, sin embargo, es sencillísimo. Cuestión de echar una firma y se acabó.

DALMIRO

(*Entra con Clota por la izquierda.*) ¡Es claro! Vergara no podía estar hablando de otra cosa.

VERGARA

Naturalmente.

SARA

(*A Clota.*) Con que estabas con el primito ¿no?

CLOTA

No te alarmes que no pienso raptarlo.

VERGARA

Dígame Isabel si no es como para suicidarse. Se trata del nombramiento de un

pobre muchacho, con tanta hambre como talento, que su padre hace infinidad de tiempo que está por firmar y que no firma nunca. Yo estoy seguro de que si Vd. fuera tan buena para decirle una palabra, todo se arreglaría en seguida.

ISABEL

Sin embargo a mí me parece más eficaz la influencia del secretario privado que está siempre con él en la oficina.

VERGARA

¿Dalmiro? ¡Pero si es un chocolatero!

DALMIRO

Así paga el diablo a quien bien lo sirve. He hecho más de diez veces el empeño.

VERGARA

Pero no te llevan el apunte.

DALMIRO

Ah, eso es cierto.

VERGARA

(*A Isabel.*) ¿Quiere Vd. ayudarme?

ISABEL

Ahora mismo ¡Papá! (*Vase por la derecha con el Dr. Herrera que cruza la escena con su señora con Lastra, Horacio y Benítez.*)

VERGARA

¡Gracias! ¡Muchas gracias, Isabel! Es Vd. un angel. Le prometo regalarle una caja de bombones y un soneto de Grigera.

SARA

Me imagino que nos comunicará con anticipación la fecha del obsequio.

VERGARA

Tendré un verdadero placer en hacerlo. Ya verán qué lindos versos.

SARA

No; yo decía por los bombones.

DALMIRO

Decididamente pasó ya el buen tiempo de los poetas.

SARA

O el tiempo de los buenos poetas.

VERGARA

¡Pobre Grigera!

DALMIRO

A propósito de cosas prácticas, muchachas: tengo un formidable plan de ataque. ¿Quieren ayudarme a realizarlo?

CLOTA

Según.

DALMIRO

Se trata... pero vamos a conspirar a un sitio más seguro. (*Vanse todos por la izquierda.*)

BENITEZ

(*Entra con la señora de Herrera por*

la derecha y ambos avanzan hacia adelante y hacia la izquierda).

Nada me extraña que un audaz como él, aprovechando la excesiva tolerancia del dueño de casa, ose presentarse después de su campaña virulenta.

SRA. DE HERRERA

Herrera ha sido siempre así; lo engañan con facilidad porque es demasiado bueno.

BENITEZ

Pero, desgraciadamente, no es eso lo peor del caso.

SRA. DE HERRERA

¡Cómo! ¿Hay algo más todavía? Hable pronto, por favor, porque quiero saberlo todo de una vez.

BENITEZ

Es que no sé francamente si tengo el derecho...

SRA. DE HERRERA

Los amigos, como Vd., tienen todos los derechos.

BENITEZ

Pordóneme entonces, si tanta bondad me obliga a revelar el gran temor que tengo de que la presencia de ese individuo entrañe un serio peligro para Isabel.

Entran por la derecha Horacio e Isabel y se sientan en el banco rústico del fondo. Parece que hablan con gran interés.

SRA. DE HERRERA

¡Era lo único que nos faltaba! Pero no es posible; no puedo creerlo, Benítez.

BENITEZ

Mire Vd., señora. (*Señala a la pareja.*)

SRA. DE HERRERA

De todos modos, le aseguro a Vd. que no será. Yo pondré remedio a esto y si es necesario, le abriré los ojos a Herrera.

Hay que alejar de aquí a ese caballero.

BENITEZ

Y hará Vd. muy bien, señora. Una muchacha de tan poco mundo es fácil presa para un hombre como él, que tiene la inteligencia del diablo.

(*Vanse Benítez y Sra. de Herrera por la izquierda.*)

HORACIO

(*Avanza con Isabel.*) ¿Quiere decir, Isabel, que nuestras vidas tendrán que marchar por diferentes rumbos?

ISABEL

Así lo ha querido Dios.

HORACIO

No, Isabel, Dios no puede haberlo querido; es... ¡la fatalidad! ¿No la siente Vd. pesar en nuestros destinos?

ISABEL

(*Como hablando consigo misma.*) ¡Sí, la fatalidad!

HORACIO

Todo lo que puede acercarnos es precisamente lo mismo que nos separaría. Si para llegar a Vd., faltara yo a mi deber y a mi palabra, renegara de mis convicciones y de mis ideales, dejaría de ser yo mismo, de ser digno de Vd., de ser el Horacio que Vd. conoce... que Vd. estima...

ISABEL

¡Qué yo admiro!

HORACIO

¡Ah! líbreme Dios de defraudar ese noble sentimiento! Creer en algo; creer en alguien; ¡admirar! Es como si una luz nos iluminara por dentro. Cuando esa luz se apaga, se hace la noche en el alma y se muere en vida. Antes que como una sombra a sus pies, viva yo como una luz en su espíritu, aunque para ello deba torturarme con mis propias manos, dar vuelta la espalda a la felicidad... ¡para siempre! y renunciar a Vd., a Vd., Isabel, que es to-

do para mí: la vida, el amor.. ¡el mundo!... y también la luz.

ISABEL

¡Y yo! ¿qué puedo hacer? ¡Nada! Cumplir también una misión sagrada y dolorosa y sufrir más que Vd., que podrá hallar en la fiebre de la lucha y de la creación intelectual, el consuelo que a mí me faltará en la quietud y el silencio de los días todos iguales. (*Pausa. Con ansiedad*) ¿Vd. me comprende y me perdona, Horacio, no es cierto? Yo, tampoco puedo violentar mi conciencia sin dejar de ser yo misma.

HORACIO

Fué por eso que traté de convencerla.

ISABEL

¡Pero no ha sido posible!

HORACIO

(*Extendiéndole la mano.*) Entonces... el adiós definitivo.

Isabel toma la mano de Horacio y muy conmovida hace seña que sí con la cabeza.

HORACIO

¡Qué se cumplan nuestros destinos! (*Vase lentamente por la izquierda. Isabel queda pensativa.*)

ISABEL

(*Bruscamente, como despertando de un sueño.*) ¡Dios mío, qué es lo que he hecho! (*Vase por la derecha.*)

Entran Dalmiro, Clota, Sara y Vergara por la izquierda, sigilosamente; se acercan a la mesa y roban sendas rebanadas de pan que untan con manteca. En seguida vanse todos, menos Vergara, comiendo y bailando.

DR. HERRERA

(*Entra con Lastra por la derecha. A Vergara.*) Isabel me acaba de hablar de su protegido. Si aún no lo he nombrado ha sido porque necesitaba algunos datos. ¿Podría Vd. dármelos?

VERGARA

(*Ocultando el pan.*) Seguramente doctor.

DR. HERRERA

¿Es un hombre capaz?

VERGARA

Puedo dar fe de que su capacidad es muy superior a la que se necesita para desempeñar el cargo.

DR. HERRERA

¿Es trabajador?

VERGARA

¿Trabajador? (*Se rasca la cabeza.*) Si lo hacen trabajar, sí.

Aparece el mucamo, toca el gong llamando a almorzar y vase.

DR. HERRERA

Le ruego que piense bien antes de contestar a esta última pregunta: ¿es un hombre honesto?

VERGARA

Vea, doctor; después de Vd.... y del señor Lastra (*Entra Dalmiro consultando su reloj*) y de Dalmiro (*Entra Benítez por la izquierda.*) y de... y de mí, es el hombre más honesto que he conocido en mi vida. Con decirle que es poeta.

DR. HERRERA

(*Frunciendo el ceño.*) ¿Poeta?

BENITEZ

(*Mofándose.*) ¡Poeta!

DR. HERRERA

(*Mira con severidad a Benítez.*) Poeta... Lo nombraré. ¡Qué haya siquiera un poeta en el ministerio!

TELÓN

ACTO III

HALL EN CASA DEL Dr. HERRERA



Noche de invierno.

A la izquierda: Puerta 1 que conduce a la biblioteca; lámpara de pie. En la ochava puerta 2 que conduce a habitaciones interiores.

En el fondo: Chimenea encendida con un gran retrato del General Mitre y sillones; puerta 3 que conduce al dormitorio del Dr. Herrera; gran percha.

A la derecha: Ventana en la ochava que da a un jardín de invierno, el que sólo se verá cuando amanezca; mesita delante de la ventana; puerta 4 que conduce a la entrada de la casa; reloj de pie entre dos macetas con plantas; dos platos decorativos en la pared.

En el medio del escenario: Mesa redonda con revistas; varias sillas. Gran araña encendida.

En primer plano y a la izquierda: sofá y sillones.

Al levantarse el telón aparece Benítez sentado

delante de la mesita, hojeando con muestra de gran contrariedad un diario, fumando nerviosamente y tomando los últimos tragos de una taza de café.

Al rato sale Paula del dormitorio del Dr. Herrera con una botella en la mano.

BENITEZ

Diga Paula ¿no podría volver a repetir la dosis? (*Toca la taza de café con la cuchara.*)

PAULA

Un momento, señor; tengo que calentar el agua para la botella. (*Vase por puerta 2*).

VERGARA

Entra por puerta 1 con un paquete.

Y ¿qué tal? ¿Cómo sigue el enfermo?

BENITEZ

Lo mismo.

Vergara se acerca a la puerta del dormitorio del Dr. Herrera y golpea.

ISABEL

(*Abre la puerta y se asoma.*) ¿Qué?

VERGARA

Los sinapismos y la bebida. (*Se los da*).

ISABEL

¿Pero cómo? ¿Fué Vd. mismo a la botica?

VERGARA

Me daba vergüenza de estar ahí sin hacer nada.

ISABEL

¡Qué bueno es Vd. Vergara!

VERGARA

Si la bondad consiste en encerrarse en la biblioteca a leer novelas, soy en efecto, muy bueno. Vea: ahora mismo voy a continuar la lectura. No deje de llamarme si me necesita.

ISABEL

Muchas gracias. (*Vase.*)

VERGARA

(*Pasa a la biblioteca*)

PAULA

(*Vuelve con la botella*).

BENITEZ

Oíga, Paula.

PAULA

En seguida, señor. (*Pasa al dormitorio del Dr. Herrera. Benítez apura la taza de café ya vacía.*)

SRA. DE HERRERA

(*Entra con Dalmiro por puerta 3 y se sienta al lado de Benítez.*) ¡Ay, Dios mío, esto no es vida!

BENITEZ

¿Ha habido alguna novedad, señora? ¿El doctor se ha agravado?

SRA. DE HERRERA

No sé; no sé. (*A Dalmiro.*) ¿Tú cómo lo encuentras?

DALMIRO

Más o menos.

SRA. DE HERRERA

Yo tengo mucho miedo, Dalmiro. ¿Por qué no vas a buscar al Dr. Soler?

DALMIRO

(*Toma su sombrero y su sobretodo de la percha.*) Pero le prevengo que voy a buscar también a Horacio.

SRA. DE HERRERA

No; ya sabes que a mí no me gusta que él venga a casa.

DALMIRO

Perfectamente; pero entonces yo no entro más al cuarto de mi tío. Acaba de pedirme, de rogarme por tercera vez que

lo traiga a Horacio; y no puedo seguir engañándolo.

SRA. DE HERRERA

Bueno hijo; haz lo que te parezca; pero no dejes de avisarme cuando venga; porque yo no quiero verlo.

DALMIRO

Le avisaré. (*Vase por la puerta* 5).

SRA. DE HERRERA

Este capricho de Herrera es algo que yo no entiendo.

BENITEZ

Yo sí: es la fiebre. Lo que francamente no acierto a comprender es el empeño de Dalmiro en traer a ese mal sujeto, después de su campaña envenenada contra el doctor... Ahí está el resultado.

SRA. DE HERRERA

Y tan bien y que estábamos así, desde

que él mismo me había evitado una escena desagradable, retirándose definitivamente.

BENITEZ

Era ya tiempo.

SRA. DE HERRERA

Lo que me tiene también muy preocupada es la salud de Isabel. ¡Está tan flacucha y tan pálida! Aunque el Dr. Soler me asegura que no tiene nada de importancia, no deja de alarmarme esa facilidad con que se desmaya, desde hace algún tiempo.

BENITEZ

Lo que necesita esa niña es salir a distraerse y a tomar aire. Vive muy encerrada.

SRA. DE HERRERA

Eso mismo le dice el Dr. Soler; pero no hay forma de conseguirlo.

BENITEZ

Es la obra también de ese hombre funesto que envenena todo lo que toca.

SRA. DE HERRERA

Yo creo lo mismo. Viera que cambiada está, hasta en el modo de hablar. Ella, que siempre ha sido tan sencilla, ahora usa palabras que yo no le había oído nunca: el destino, la fatalidad, la misión, el deber y qué sé yo. ¡Pobre mi hijita!

BENITEZ

¡La misión! ¡El deber! Es muy curioso que una niña tan inteligente como Isabel se deje engañar con palabras, cuando hay hechos de por medio que las desmienten en forma categórica.

ISABEL

(*Se asoma por la puerta* 3).
¡Mamá!

SRA. DE HERRERA

(*Sobresaltada, acercándose.*) ¿Qué hay?

ISABEL

Nada, no te asustes. Era para preguntarte si ya puedo darle a papá la bebida. (*Vase con la Sra. de Herrera.*)

Suena un timbre y Paula sale precipitadamente del dormitorio del Dr. Herrera.

BENITEZ

Mire, Paula.

La enfermera sigue sin contestar y vase por puerta 1. Benítez hace un gesto de impaciencia; toma su sombrero y vase por puerta 1.

DR. SOLER

(*Entra con Paula.*) ¿No ha seguido bien, entonces?

PAULA

No, doctor; no me gusta nada el estado del enfermo. Lo noto bastante abatido, con una gran fatiga y un pulso muy depresible.

DR. SOLER

Se presenta mal el caso. En fin, vamos a ver. (*Pasa con Paula al cuarto del Dr. Herrera*).

VERGARA

(*Viene de la biblioteca con un libro*).
Bastante aburrido el librito. (*Lo deja sobre la chimenea.*)

DALMIRO

(*Entra con Horacio*). ¿Llegó el Dr. Soler?

VERGARA

Acabo de verlo entrar.

DALMIRO

Nos sentaremos, entonces.

VERGARA

Voy a aprovechar la presencia de Vds. para hacer una escapadita. Si me precisan me mandan buscar a lo de Grigera. (*Vase.*)

HORACIO

¡Qué desenlace tan inesperado! Ha sido una verdadera catástrofe repentina y brutal. Esa retirada de ayer de la Cámara en pleno debate y a mitad de discurso perjudicará enormemente al Dr. Herrera. Ya andan por ahí los comentarios: se ha llegado hasta a decir que lo de la enfermedad ha sido sólo un pretexto.

DALMIRO

Un pretexto que quiera Dios no le cueste la vida.

HORACIO

Desearía conocer tu opinión con respecto al hecho curioso de que hayan abandonado y hasta combatido al Dr. Herrera los mismos diputados oficialistas.

DALMIRO

Todo eso es muy lógico. Mi tío que, en un momento crítico, sirvió para salvar al gobierno, era ya un personaje incómodo. Cierta clase de gente no puede hallarse a

gusto con cierta clase de gente ¿compren-
des?

HORACIO

(*Hace, sonriendo, un signo afirmativo.*)

DALMIRO

Por eso el Presidente le ha soltado la jauría.

HORACIO

Es muy del Presidente la zancadilla. Ya otra vez — ¿te acuerdas? — la empleó contra su mejor amigo.

Queda otro punto obscuro aún.

DALMIRO

¿Cuál?

HORACIO

La notable diferencia que hay entre las cifras citadas por el Dr. Herrera y las leídas directamente en los expedientes por el ingeniero González.

DALMIRO

A mí me preocupó eso mismo, hasta que

recordé un antecedente que es necesario que tú también conozcas.

Cierta tarde que mi tío revisaba un expediente, le extrañó mucho el monto exagerado de una liquidación, que llevaba su visto bueno. Yo me hallaba en su despacho y pude descubrir, por una ligera diferencia en la tinta, que las cifras habían sido hábilmente adulteradas.

De modo que para mí no hay duda alguna de que las cifras que González ha leído de buena fé, estaban adulteradas como las otras. Y será fácil probarlo.

HORACIO

¡Es curioso! Este antecedente me servirá para interpretarme a mí mismo. Está virtualmente contenido en el artículo que acabo de escribir y bastarán unos pocos retoques en las pruebas para poner bien en luz esta infame conspiración de traidores y de falsarios. ¡Ah miserables! Con razón han osado hasta amenazarme de muerte cuando yo buscaba por instinto y entre las sombras, a la mano criminal. Apostaría a

que la carta, que me entregaron en la imprenta, es otro anónimo. (*Saca la carta del bolsillo.*) Es claro: la misma letra de siempre. (*Hace ademán de romperla.*) Para el caso que les hago.

DALMIRO

(*Deteniéndolo.*) No hombre; eso no se rompe. ¿Me permites?

HORACIO

Si te interesa... (*Le da la carta.*)

DALMIRO

Letra angulosa.. insegura.. desigual.. de inclinación variable: esto ha sido escrito con la mano izquierda... (*Como si recordara algo.*) con la mano izquierda... (*palpa el papel y lo mira al trasluz.*) Este papel... Tú acabas de decir que has recibidos otros anónimos de la misma mano ¿no es cierto?

HORACIO

Sí.

DALMIRO

¿Y los recibes desde hace más de un mes?

HORACIO

Aproximadamente ¿pero cómo sabes?

Entra Benítez y al ver a Horacio le clava los ojos con odio. Este advierte la presencia y la mirada y a su vez, lo mira fijamente

DALMIRO

(*Dándose cuenta de la situación, toma a Horacio del brazo.*) Si quieres que pasemos a la biblioteca y si no tienes inconveniente en representar, por un momento, el papel de Dr. Watson, te daré una interesante conferencia a lo Sherlock Holmes. (*Pasan ambos a la biblioteca.*)

DR. SOLER

(*Entra con Sra. de Herrera por puerta 3*). Vd. lo acaba de ver, señora; después de la inyección, el Dr. Herrera es otro

hombre. El peligro está conjurado por ahora.

SRA. DE HERRERA

Por ahora... ¿y después?

DR. SOLER

Después... lucharemos...

SRA. DE HERRERA

¡Pobre Herrera! (*Solloza*).

DR. SOLER

(*Bajo a Dalmiro que viene de la biblioteca.*) Amigo, hay que estar preparado para todo: el enfermo puede darnos, de un momento a otro, una triste sorpresa.

DALMIRO

(*Consternado.*) ¿Pero cómo? ¿Qué es lo que tiene, entonces?

DR. SOLER

Tiene afectados los dos órganos que mantuvo en constante actividad, durante toda su vida: el cerebro y el corazón.

DALMIRO

Es cierto: ha pensado y ha sufrido mucho. (*Pausa.*) ¿No estará, entonces en condiciones de recibir a Horacio?

DR. SOLER

No me parece prudente. Cualquier excitación podría serle fatal.

DALMIRO

¡Y él qué tanto deseaba verlo!

DR. SOLER

En ese caso no hay más remedio que obedecer. De todos modos...

DALMIRO

(*A la Sra de Herrera.*) Tía, Horacio va a pasar ya. El Dr. Soler ha autorizado la entrevista.

SRA. DE HERRERA

Espera un momento. (*Entra al cuarto del Dr. Herrera y vuelve llevando a Isabel de la mano.*)

ISABEL

Pero, mamá ¿qué es lo qué pasa?

SRA. DE HERRERA

Ya sabrás.

Ambas vanse por puerta 2. Dalmiro pasa a la biblioteca y vuelve con Horacio. Este se saluda con el Dr. Soler y entra con Dalmiro al cuarto del Dr. Herrera.

CLOTA

(*Entra por puerta* 3). Papá me ha echado de su cuarto; lo siento porque está lo más animado. ¿No le parece, doctor, que hay mejoría?

DR. SOLER

Por el momento, sí.

CLOTA

¿Desea tomar algo?

DR. SOLER

No hijita, muchas gracias.

BENITEZ

Por mi parte y si no le fuera muy molesto Clota, le aceptaría una tacita de café.

CLOTA

Con mucho gusto. (*Vase por la puerta* 2).

DR. SOLER

Hoy no he tenido tiempo de recorrer los diarios ¿qué es lo hay de cierto en los rumores que circulan?

BENITEZ

Nada entre dos platos: exageraciones y pequeñas miserias políticas.

DR. SOLER

Sin embargo, he oído decir que el ingeniero González, de cuya honorabilidad y rectitud nadie duda, ha hecho cargos concretos y ha exhibido documentos comprometedores.

BENITEZ

El ingeniero González, sólo ha hecho un discurso efectista, como de costumbre. Sus documentos comprometedores no comprometen a nadie.

DR. SOLER

Es que hay algo más grave todavía que acabo de saber en una consulta: la declaración del constructor Risso.

BENITEZ

(*Alarmado.*) ¡Del constructor Risso!

DR. SOLER

Sí; apremiado por el hábil interrogatorio de la comisión investigadora y atemorizado ante la idea de la responsabilidad, ha hecho revelaciones sensacionales.

BENITEZ

¿Pero quién puede tomar a lo serio lo qué diga ese tipo despreciable?

DR. SOLER

Según parece, hay altos empleados del ministerio complicados en el asunto.

BENITEZ

(*Nervioso.*) Ya me lo esperaba: es la historia de siempre. Cada vez que surge un asunto político dudoso, los diarios, que viven de la sensación y del escándalo, necesitan hacer creer que lo saben todo para mantener despierta, con vaguedades, la curiosidad estúpida del público.

DR. SOLER

Pero es el caso que han sonado ya algunos nombres propios.

BENITEZ

Todo eso me deja muy sin cuidado. Por mi parte, tengo la conciencia perfectamente tranquila.

DR. SOLER

¿Pero acaso se habla de Vd?

BENITEZ

Nada me extrañaría. Ya se han hecho veladas y pérfidas alusiones. Aquí mismo, en esta casa, está el insolente que lo ha tentado.

DR. SOLER

¿Quién?

BENITEZ

Acaba de entrar.

DR. SOLER

¿Horacio?

BENITEZ

Sí, ése.

DR. SOLER

Mal enemigo. Tiene mucho talento ese mozo.

BENITEZ

¡Qué me importa a mí de su talento! Si algún día llega a tener el coraje de atacarme de frente, deberá presentar las

pruebas. ¡Las pruebas! Es eso lo que vale, mi doctor, y no las cobardes insidias de los editoriales. A los jueces no se les convence con literatura.

¡Y que ande con mucho cuidado! porque si, para salvar a alguien, pretende sacrificar a un inocente, el arma se le puede dar vuelta...

En el mejor de los casos le resultará tiempo perdido, porque todos los asuntos del ministerio están en regla; al menos los que han pasado por mis manos. De los otros no respondo, naturalmente.

DR. SOLER

(*Recalcando.*) ¿De los qué han pasado por las manos del Dr. Herrera, por ejemplo?

BENITEZ

Yo no acuso a nadie, me refiero únicamente a lo que me concierne. Si el Dr. Herrera no supo defenderse ni explicar satisfactoriamente la disparidad de las cifras eso es un asunto suyo, exclusivamente.

DR. SOLER

Vea amigo: hace muchos años que yo asisto al Dr Herrera y si conozco todos los resortes de su organismo, puedo asegurarle que conozco igualmente o mejor las altísimas cualidades de su espíritu. El fracaso de ayer en la Cámara, más que un asunto político, es un problema médico.

Pero — entiéndalo bien —la probidad del Dr. Herrera es absoluta y en este turbio asunto de las nuevas construcciones, dudaría mil veces antes de mi propia inocencia que de la suya. Si hay algún culpable, seguramente es otro. ¡Y se encontrará!

BENITEZ

Veremos.

Entran Horacio y Dalmiro. Clota vuelve con el café.

CLOTA

(*Da la taza a Benítez. A Dalmiro.*) Terminó ya la conferencia de Guayaquil? ¿Puedo entrar?

DALMIRO

Sí, pero muy despacito ¿eh? porque se está durmiendo. (*Vase Clota*).

HORACIO

Es el mismo Herrera de siempre. Por eso no ha podido adaptarse.

DALMIRO

¡Cuánto ha sufrido!

HORACIO

Es doloroso.

DALMIRO

¡Es horrible!

HORACIO

(*Bajo*). Y a ese mulato felón ¿cómo lograste sorprenderlo?

DALMIRO

Hace un mes, más o menos; por eso te hice la pregunta. Entré de pronto en su despacho, y no obstante su rápido disimu-

lo, me pareció notar que estaba escribiendo con la mano izquierda. Una mancha de tinta en un dedo acabó de confirmar mi sospecha.

HORACIO

Y del papel ¿estás seguro?

DALMIRO

Segurísimo. Es el que usamos para borradores en el ministerio. Era una partida, llegada por error de remisión que se vendía a precio ínfimo. Yo mismo ordené su compra. Posteriormente traté de adquirir papel de igual calidad para uso particular y no pude: no existía en plaza.

HORACIO

Muy bien; estos datos y los que acaba de darnos el Dr. Herrera completan admirablemente mi artículo. (*Consulta su reloj.*) Todavía estoy a tiempo de corregir las pruebas. Que Dios me perdone si mientras buscaba el blanco, he podido herir a un inocente; pero esta vez haré centro.

¡Te juro que va a arder Troya!

PAULA

(*Aparece demudada.*) ¡Doctor!

DR. SOLER

¿Qué pasa?

PAULA

El pulso... no lo siento.

CLOTA

(*Asomando desesperada.*) ¡Dr. Soler! ¡Mamá! ¡Dios mío! (*Solloza*).

El Dr. Soler, Horacio, Benítez y Paula, se precipitan al cuarto del Dr. Herrera. Dalmiro corre en auxilio de la Sra. de Herrera e Isabel que llegan alarmadas por los gritos de Clota.

SRA. DE HERRERA

(*Aterrada.*) ¿Qué es eso? ¿Qué hay? ¿Por qué gritan?

DALMIRO

(*Poniéndole la mano en el hombro*). ¡Valor, mi tía!

Todas pasan al dormitorio del Dr. Herrera y se oye sollozar en el interior. Permanece un momento la escena sola.

DR. SOLER

(*Entra con Horacio y Dalmiro. Este último le ayuda a sostener a Isabel que viene medio desvanecida. La acuesta en el sofá*). Así quietita; muy bien; con la cabeza baja; eso es. (*Le toma el pulso.*) No es nada; ya pasó; pero quédese un rato sin moverse.

(*Vase al domitorio del Dr. Herrera.*)

HORACIO

(*Muy conmovido.*) Dalmiro, me voy a vengar la muerte de Herrera. (*Vase.*)

ISABEL

(*Permanece un rato en silencio y con los ojos cerrados; después los abre. Habla con una calma extraña.*) ¿Por qué se ha ido Horacio?

DALMIRO

Es su hora habitual de trabajar en el diario.

ISABEL

En estos momentos... es extraño.... (*Pausa.*) El no tiene la culpa ¿no es cierto?

DALMIRO

¿La culpa de qué?

ISABEL

De la muerte de papá.

DALMIRO

Pero Isabel ¿sabes lo qué estás diciendo?

ISABEL

No sé. (*Pausa*). Tendría que odiarlo. No podría sola; pero tú me ayudarías ¿no es cierto? (*Incorporándose*) ¿Qué son esas sombras?

DALMIRO

¿Qué sombras?

ISABEL

(*Se vuelve a recostar.*) Nada; me pareció. (*Pausa*). Sería monstruoso; pero, entonces se le conocería en los ojos. Y él tiene la mirada limpia. (*Pausa*).

¿Qué le dijo papá?

DALMIRO

Después te lo contaré.

ISABEL

No; tiene que ser ahora mismo. No puedo esperar, Dalmiro. Hace ya mucho que espero. (*Incorporándose.*) ¡Ya voy!

DALMIRO

¡Cálmate por Dios!

ISABEL

Creí que me llamaba papá. Lo hubiera jurado. Me ha llamado tantas veces hoy que aún me suena su voz en el oído. Pobre, ya no puede.

Dime, por favor lo que le dijo.

DALMIRO

Cuando estés más tranquila.

ISABEL

Pero si estoy muy tranquila; demasiado tranquila. Es extraño ¿verdad? pero es así. No ves que no puedo llorar. Será porque he llorado tanto. Es necesario que lo sepas... ¡te lo voy a contar todo!

DALMIRO

Hazme el favor...

ISABEL

No. (*Se sienta*). Escucha: La última vez que estuvo Horacio en casa — fué en el almuerzo que dió papá en la quinta ¿te acuerdas? — hablamos largamente. Yo le manifesté mis dudas sobre sus artículos que creía contrarios a papá y él me explicó su situación. Más tarde... me dijo palabras muy afectuosas... ya comprenderás... y yo le contesté que no. Creía cum-

plir así con un deber de hija. Pero después he dudado; he dudado horriblemente; era algo demasiado difícil para una pobre muchacha como yo. Me sentía como abandonada; no tenía a quién consultar. A mamá era imposible hablarla: cuando le nombraba a Horacio se ponía fuera de sí y no quería escucharme. Y papá estaba siempre muy ocupado y además... ¡me daba tanta vergüenza!... Por eso yo, sin saber qué hacer de mi vida, pasaba sola las horas, llorando...

Comprenderás, ahora, por qué necesito saber lo que dijo papá. Dímelo Dalmiro; te lo pido por lo que más quieras en el mundo. ¡Yo tendré valor para todo, pero no puedo seguir en esta espantosa incertidumbre que me está matando!

DALMIRO

Quizá tengas razón y te haga bien el saberlo. Pero acuéstate. (*Pausa.*)

Cuando entramos en su cuarto, mi tío nos recibió muy contento con su sonrisa de antes, esa sonrisa feliz, que hacía tanto

tiempo que ya no le veíamos. Agradeció mucho a Horacio su visita; nos hizo sentar al lado de su cama y habló... voy a tratar de repetir textualmente sus palabras:

Siempre ha sido la gran satisfacción de mi vida — empezó diciendo — la de saber que, después de mi muerte, mi nombre sería respetado. Pero últimamente esa satisfacción se ha desvanecido. Hechos recientes, que Vds. conocen, me han puesto en el caso de tener que salir a la palestra en defensa de mi honor. Al principio, y como nada tenía que reprocharme, me pareció fácil empresa; pero me faltaron las fuerzas...¡ y no pude! Hay algo que ya no anda bien, aquí adentro de la cabeza.

Moriría desesperado, si creyera que mi nombre, el nombre de mis hijas, iba a quedar manchado para siempre, aunque tan sólo fuera por la duda. Pero—ya lo ven—muero tranquilo porque sé que esa injusticia horrible no puede; ¡no, no puede consumarse! Si el viejo, ya quebrado por la lucha, no ha sabido defenderse, quedas tú,

Horacio, hijo mío, un hombre fuerte, de honor, de corazón y de talento para hacerlo por mí y mejor — te conozco; estoy seguro — de lo que yo, a estar sano, lo hubiera hecho.

Quería pedirte, este útlimo servicio, muchacho. Para eso te he llamado.

ISABEL

¿Y Horacio?

DALMIRO

Horacio cuando está conmovido se pone pálido y enmudece. Hizo señas que sí con la cabeza; mi tío le extendió los brazos, y él se inclinó para besarlo en la frente.

Ya sabes, entonces, por qué Horacio está ausente: ha ido a cumplir con la última voluntad de tu padre.

Isabel que ha acompañado el *racconto* de Dalmiro con uno que otro sollozo, estalla, cuando éste termina, en llanto *mudo*.

La azulada luz matinal que penetra por la ventana, ilumina la

escena, haciendo contraste con la luz rojiza del dormitorio, cuya puerta ha quedado abierta.

ISABEL

(*Secándose las lágrimas*). Es necesario que mamá sepa, en seguida, lo que acabas de contarme.

DALMIRO

No, Isabel; ella no está ahora para eso ni podría entendernos.

ISABEL

Tienes razón. Voy con papá. (*Vase.*)

Dalmiro se sienta al lado de la chimenea y permanece un rato con la cabeza entre las manos y el pañuelo en los ojos. La luz de la mañana sigue aumentando.

Entra Vergara. Se acerca a Dalmiro y se inquieta por su actitud, empezando a comprender. Oye sollozar en el interiror del dormitorio. Se dirige hacia él en puntas de pie, pero no se atreve a entrar. Permanece indeciso y desolado.

Por fin entra.

Llega un mucamo; deja la correspondencia sobre la mesa del centro; apaga la araña y vase. La luz se hace más azulada en el hall y más rojiza en el dormitorio.

Dalmiro se pone de pié y toma el diario que dejó el mucamo. Pasa Isabel en dirección a la puerta 2.

DALMIRO

Un momento, Isabel. (*Ambos vanse por puerta* 2).

Entra Lastra con Sara; deja su sobretodo y sombrero en la percha y un diario que lleva en la mano sobre la mesita que hay delante de la ventana. Sara pasa al dormitorio de Herrera.

LASTRA

(*Da la mano a Horacio que entra en ese momento.*) Todavía no puedo convencerme. ¿Cómo fué?

HORACIO

Serenamente, como una puesta de sol.

LASTRA

¡Pobre gran amigo! Otro de la guardia vieja que desaparece. Y esta vez el mejor de todos. Pronto iremos a hacerle compañía. (*Se sientan en el sofá.*)

He leído su artículo; está escrito con todo su talento y con una valentía extraordinaria.

Benítez, que entra por puerta 3, oye estas palabras de la conversación y al advertir el diario que está en la mesita, lo toma y empieza a recorrerlo nerviosamente hasta encontrar el artículo que busca y que se pone a leer a la luz de la ventana.

LASTRA

Tiene Vd. razón. Decididamente el puesto de Herrera no estaba en el gobierno, sino en las columnas de la prensa. Yo he llegado a convencerme de ésto muy tarde, por desgracia.

Es que el alma de luchador y de hombre libre de aquel gran maestro del perio-

dismo argentino tenía que asfixiarse en el ambiente mezquino y deletéreo de la política oficial.

Subleva el pensar que un hombre así haya podido ser blanco de la calumnia. Felizmente Vd., le ha hecho plena justicia, descorriendo el velo y desenmascarando a los culpables.

¡Qué negra traición!

HORACIO

¡Cuánta miseria!

LASTRA

Me imagino que Vd. tendrá las pruebas de sus afirmaciones categóricas.

HORACIO

Sí, señor. Y las reservo a la espera de una acusación judicial, porque no me gusta desanimar a nadie. De todos modos, el público no se quedará sin conocerlas.

LASTRA

Esto me tranquiliza. Es muy mala esa gente.

Benítez acaba de leer; estruja el diario y vuelve a colocarlo donde estaba.

SRA. DE HERRERA

(*Entra por puerta 3, sostenida por el Dr. Soler.*) ¿Por qué me sacan de su lado?

DR. SOLER

Sólo un momento, señora, para que respire un poco.

SRA. DE HERRERA

Le aseguro que no lo necesito. Y después ¿para qué?...

LASTRA

Señora...

SRA. DE HERRERA

¡Lo han muerto Lastra! (*Se abrazan.*)

LASTRA

Voy a despedirme del amigo. (*Entra al dormitorio.*)

SRA. DE HERRERA

(*Advirtiendo la presencia de Horacio.*) ¡Usted! ¿Vd. se atreve todavía a presentarse ante mi vista? ¡Váyase lejos, muy lejos de aquí, que yo no quiero verlo nunca, nunca!

ISABEL

Entra precipitadamente, seguida de Dalmiro, y con el diario en la mano.

¡Mamá! (*Cae desvanecida en los brazos del Dr. Soler.*)

SRA. DE HERRERA

¡Mi hijita querida!

DALMIRO

(*A Horacio.*) Espérame un minuto, te lo pido por nuestra amistad.

Todos vanse por puerta 2. menos Benítez y Horacio. Este se pasea nerviosamente mirando hacia el interior, con el sombrero en la mano y el sobretodo en ele bra-

zo. Benítez sigue sus movimientos con una mirada de odio reconcentrado. Entra el Dr. Soler.

HORACIO

¿Isabel?

DR. SOLER

Ya está bien. Fué un vahido pasajero. Yo me voy.

HORACIO

Lo acompaño, doctor. No puedo quedarme, a pesar del pedido de Dalmiro.

DR. SOLER

Un pedido así no se desoye; Vd. debe acceder. Adios amigo. (*Vase.*)

BENITEZ

Y ahora nosotros dos tenemos que hablar cara a cara. (*Horacio sigue mirando hacia el interior y no contesta.*) Es a Vd. a quien me dirijo ;no hay otra persona aquí. (*Alzando la voz.*) ¿Me oye?

HORACIO

(*Siempre sin mirarlo.*) Nada tengo que hablar con Vd. y menos en este momento y en esta casa.

BENITEZ

¡Ah sí, es muy cómodo el procedimiento! Se insulta a una persona decente; se enloda un nombre respetable y después... no se tiene nada que hablar. ¡Admirable, y sobre todo muy valiente! Pero Vd. ha de hablar; ha de hablar, sino aquí, al menos en presencia de los jueces, antes de ir a parar a la cárcel por calumniador.

(*Horacio aprieta los puños y hace visibles esfuerzos para contenerse.*)

¡En esta casa! Y osa mencionar esta casa que Vd. ha sumido en el dolor con una saña agravada por la hipocresía. Esta casa en la que tiene Vd. la desvergüenza de permanecer... ¡después que lo han echado!

Horacio no pudiendo contenerse por más tiempo avanza en actitud tan amenazante hacia Benítez que éste se demuda y retrocede.

BENITEZ

(*Colocándose de modo que quede la mesa entre él y Horacio y sacando un revólver.*) Si da un paso más ¡lo mato!

DALMIRO

(*Entrando e interponéndose. A Benítez.*)
¡Guarde Vd. esa arma!
(*Benítez guarda el revólver.*)

HORACIO

(*Exasperado.*) ¿Pero por qué me retienes, Dalmiro?

DALMIRO

Para pedirte que te quedes.

HORACIO

¡Cómo! ¿Eres tú el qué me dice eso

después de la escena que has presenciado hace un momento? ¿Pero no has oído que la señora...

DALMIRO

Es en su nombre que hablo, Horacio. Ella ya lo sabe todo y te ruega que la perdones.

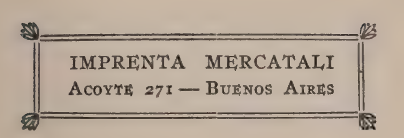
Benítez toma su sombrero que habrá quedado sobre la mesa del centro y se retira violentamente. Horacio se dirige a la percha y deja su sobretodo y su sombrero en ella, lentamente y como si quisiera ocultar su emoción. Da la espalda al público.

Dalmiro se acerca y le pone una mano sobre el hombro. Aparece Isabel y contempla la escena desde la puerta. A oirla sollozar, Horacio se da vuelta, y las miradas, que expresan, al mismo tiempo, hondo dolor y esperanza naciente, se encuentran. Horacio avanza, y bruscamente, obedeciendo a un impulso pasional incontenible, abre sus brazos. Isabel se precipita en ellos y, sollozando, reclina

la cabeza en el pecho del amigo. Entra un rayo de sol por la ventana y baña con su luz a la pareja.

TELÓN

Buenos Aires, septiembre 1º *de* 1918.


IMPRENTA MERCATALI
Acoyte 271 — Buenos Aires




UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00051169028